

ESENCIA Y GNOSEOLOGIA DE LA HISTORIA

Por CARLOS SCUDELLARI

Profesor de la Universidad Católica del Perú.

Desde la remota antigüedad hasta nuestros días, los pensadores han sabido distinguir en el concepto de la Historia dos acepciones: la Historia como conjunto de hechos acaecidos en el pasado y como descripción o exposición de esos mismos hechos. Frente a la *res gestate*, vale decir, los hechos históricos, existe una *scientia rerum gestarum*, o sea la investigación, reflexión y narración de esos hechos históricos. Según Platón, Historia significa lo que se ha tenido en su curso, lo que ha cesado de transcurrir. Pero esta explicación no es del todo exacta pues, aunque la Historia, por su forma, es una disciplina de la mente, cuya misión consiste en investigar y analizar el pasado, y en este sentido su método es aplicable aún al estudio de los fenómenos de la naturaleza, es evidente que el campo de la Historia se restringe a los acontecimientos humanos, y, dentro de esta esfera, tan sólo a algunos de ellos.

Conviene, pues, estudiar, en el hecho histórico, sus caracteres esenciales y los factores que en él intervienen. Hacer esto es contribuir a precisar el contenido de la Historia. En el presente ensayo nos proponemos esbozar la esencia del hecho histórico y la posibilidad de su conocimiento. Ante todo, y siguiendo una inveterada costumbre, haremos una sucinta exposición de los principales sistemas filosóficos de la historia, tomando como base de crítica la idea de la libertad humana en el proceso de la Historia, por ser dicha idea, peculiar y fundamental en la escuela católica. Como dice Berdiaeff,¹ el Cristianismo fué el primero en descubrir de una manera definitiva esa libertad del sujeto activo de la historia, desconocida en el

¹ Nicolás Berdiaeff — *El sentido de la Historia*, pág. 117.

mundo pre-cristiano, cuya actitud frente a la vida y a la Historia fué de resignación ante el destino.

La concepción materialista de la historia, que considera los actos humanos como meros epifenómenos de las fuerzas materiales, sostiene que los hechos históricos se regulan por leyes naturales, absolutas e intangibles, y que las causas de dichos hechos se regulan fatalmente siguiendo un orden preestablecido por el mundo de la materia. Carlos Marx,² el más caracterizado representante de este sistema, sostiene categóricamente que en materia social la única realidad es la reunión concreta de los hombres, cuerpos albuminosos dotados de energía, y que el devenir histórico depende de las condiciones económicas. Más aún, pretende explicar toda la Historia por la evolución de la economía, considerada como la infraestructura social que rige a las superestructuras: arte, ciencia, religión, derecho. La concepción materialista elimina por completo la libertad humana y la contingencia de los hechos históricos, equiparando la Historia con la Física.

El positivismo, sistema agnóstico que niega todo valor a lo supra-fenomenal, se ufana de haber eliminado el problema de la libertad, pretextando que la libertad no es cognoscible como dato experimental, pero en realidad no sólo descarta la libertad sino que también la niega. Augusto Comte³ sostiene que el saber humano avanza de lo teológico a lo metafísico, y de aquí llega a lo científico. Esto último, consecuencia del progreso, permitirá al hombre descubrir las ocultas leyes absolutas del acontecer histórico, pudiéndose entonces prever y aún prevenir los hechos futuros ("savoir pour prévoir, pour pouvoir"). Al concebir a la Historia como una ciencia natural, como un producto de relaciones fijas y uniformes, Comte niega la existencia de la libertad, aunque enseguida la admite, inescrupulosamente, para afirmar que es posible dominar la naturaleza y la Historia mediante el conocimiento científico.

En los mismos errores cae el neo-positivismo de Emile Durkheim,⁴ seguido en esta parte por Bouglé,⁵ pues sostiene un mesologismo social absoluto, según el cual, aún el actuar individual del hombre, es tan sólo un reflejo del ambiente social en que vive.

² Carlos Marx — *Crítica de la Economía Política*.

³ Augusto Comte — *Système de politique positive*, 1ª parte.

⁴ Emilio Durkheim — *Eléments de sociologie*.

⁵ C. Bouglé — *Eléments de sociologie*.

Para los neo-positivistas, el proceso histórico es un producto social y la sociedad evoluciona de conformidad con leyes necesarias que, al ser conocidas, podrán ser dominadas y encausadas.

La concepción racionalista y liberal es diametralmente opuesta a las anteriores, ya que se funda en la libertad absoluta del hombre. Este sistema surgió de las ideas de Hobbes,⁶ pero muy especialmente de las de Rousseau.⁷ La tesis racionalista niega la existencia de fuerzas internas o externas operantes sobre el actuar del hombre y, en consecuencia, concibe a la Historia como una sucesión de hechos humanos rigurosamente contingentes y libres, no sujetos a leyes, sean éstas absolutas o relativas, pero ni siquiera de mera posibilidad. Rechaza el carácter científico de la Historia, como también el providencialismo cristiano, sea trascendente como el de San Agustín⁸ o finalista como el de Bossuet.⁹ Algunos de sus representantes son teístas y admiten la Creación, pero afirman que el mundo está abandonado a su propia suerte. Esta exagerada afirmación de la libertad humana contradice las observaciones de la realidad, como tan luego veremos.

Desde el punto de vista de la libertad, todas las demás concepciones filosóficas de la Historia caen en uno u otro de los campos doctrinarios que hemos señalado, aunque ofrecen algunas particularidades. El sistema de Hegel¹⁰ aparenta aceptar la libertad, pero en realidad también la niega. Este filósofo parte de la arbitraria identificación del ser con el pensar. Según él, lo absoluto, ilimitado y eterno es la Idea universal, que evoluciona siguiendo la ley dialéctica de la tesis, antítesis y síntesis. La Idea evoluciona pasando del estado de subjetividad universal al estado de objetividad particular, para llegar finalmente al estado de subjetividad particular, haciéndose cada vez más rica en matices y libre en sus internas determinaciones. La Historia no es, afirma, sino el desarrollo inmanente del espíritu de lo universal en la conquista de su libertad. Empero, la libertad, para Hegel, no significa una autodeter-

⁶ Thomas Hobbes — *Leviathan sive de materia, forma et potestate civitatis ecclesiasticae civilis*.

⁷ Juan Jacobo Rousseau — *El Contrato Social*.

⁸ San Agustín — *De Civitate Dei*.

⁹ J. B. Bossuet — *Discours sur l'Histoire Universelle*.

¹⁰ Guillermo Federico Hegel — *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas*.

minación sino un movimiento espontáneo del espíritu. En otros términos, el espíritu es libre extrínsecamente, en cuanto que no hay nada de fuera de él que pueda oponerse a su desarrollo, pero la evolución es necesaria intrínsecamente, y así, la Historia se cumple inexorablemente. Hegel sostiene que los individuos no son sino órganos de la Idea o espíritu universal. Ellos creen obrar con libertad, pero en realidad no hacen sino realizar lo que ésta última posee en potencia. El panteísmo hegeliano ha servido, sin embargo, para promover la concepción cristiana de la Historia, que sostiene la existencia de un Dios personal, distinto del mundo, que realiza un plan acerca de la Humanidad para su propia glorificación, mediante la libre sujeción del hombre.

El sistema de Condorcet,¹¹ explica la Historia como un progreso continuo, ascendente e indefinido de la Humanidad. Esta concepción, que mencionamos aquí tan sólo porque hiere vivamente la imaginación y por el gran influjo que ejerció en el pasado siglo, es simplista y contradice los hechos más notorios de la Historia, además de negar la libertad humana. La tesis de Vico,¹² según la cual la Historia marcha cíclicamente en un ir y venir ("corsi é ricorsi"), deja a salvo la libertad humana y aún admite la intervención divina en los acontecimientos históricos, pero si se ahondan los problemas filosóficos que plantea, la libertad resulta muy comprometida. Por otra parte, la concepción de Vico no deja de tener un valor meramente descriptivo, pues deja de lado el fondo de la cuestión debatida.

De indudable interés es la teoría de Xenopol,¹³ quien establece un eclecticismo entre la contingencia y la necesidad de los hechos históricos. Dice que la Historia se desarrolla mediante series sucesivas de acontecimientos, en los que sólo es posible reconocer tendencias generales, valederas como leyes particulares pero no universales. Según él, cada serie histórica se rige por sus leyes, pero no existe vinculación alguna entre las diversas series.

Los pensadores contemporáneos, tratando de reaccionar contra el exagerado cientifismo del siglo XIX, han negado valor a los pro-

¹¹ Marqués de Condorcet — *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*.

¹² Juan Bautista Vico — *Principi d'una scienza nuova in torno alle communa natura delle nazioni*.

¹³ A. D. Xenopol — *Teoría de la Historia*, pág. 144 y sgts.

cedimientos intelectuales para llegar al conocimiento del hombre, de la vida y, en consecuencia, del devenir histórico, pero no han vacilado en utilizar esos mismos procedimientos al crear sus sistemas, un tanto arbitrarios y verbalistas. Tal ocurre con Spengler,¹⁴ autor de una teoría que ha causado revuelo en los medios intelectuales de Europa y América. Spengler nos ofrece una sugestiva interpretación morfológica de la Historia, según la cual las "culturas", a semejanza de los organismos, siguen un "sino" o trayectoria que les es propio, único y exclusivo. Niega, pues, toda conexión entre las diversas culturas y el valor universal de los hechos históricos. Ahora bien, si no puede haber comunicación entre las culturas porque el alma de cada una de ellas es una entidad cerrada, las grandes ideas creadas por ella son relativas y valen sólo para ella. Como se vé, toda la construcción teórica de Spengler cae por su propio peso, ya que su pensamiento, que corresponde a la mentalidad occidental, no es aplicable a otras culturas. Y sin embargo, Spengler se atreve a establecer un paralelismo en el desarrollo material y espiritual de las diversas culturas y sostiene que en ellas puede establecerse períodos correspondientes.

Para nosotros, los fenómenos históricos son actos humanos, individuales o colectivos, que repercuten eficazmente en la vida de los pueblos. Para ser histórico un acto humano es preciso que pueda ser concebido por la mente como una unidad, tanto por sus caracteres generales como por el espíritu que los anima, aunque consten de muchas acciones, como una guerra, las hazañas de un guerrero o una época íntegra. Además, el hecho histórico debe ser tal, que su eficacia no se agote en el momento de su realización, sino que surta efectos posteriores, dando lugar a otros hechos históricos.¹⁵

Los fenómenos históricos son esencialmente objetivos y se desarrollan en la sucesión del tiempo.¹⁶ Empero, no obstante su objetividad, el conocimiento que de ellos tenemos, más por la observación indirecta del testimonio ajeno que por la experiencia directa y personal, no es propiamente científico, en el sentido amplio y difundido de este concepto, puesto que los hechos históricos son esencialmente particulares, contingentes e irreversibles. En el mundo

¹⁴ Oswald Spengler — *Decadencia de Occidente* — Tomo I, pág. 68 y sgts.

¹⁵ Eduard Meyer — *Histoire de l'Antiquité* — Tomo I, pág. 204.

¹⁶ V. Padovani — *Sul concetto di obbiettività della storia* — Rivista di Filosofia Neo-Scolastica — Enero 1935.

de la naturaleza, los hechos son generales, necesarios, y pueden repetirse tantas veces como se pongan de manifiesto las causas que los producen. Verdad es que en la naturaleza hay un cierto margen de indeterminación que escapa al estricto cumplimiento de las leyes que la rigen,¹⁷ pero dicho margen, en la naturaleza es mínimo, en tanto que en el mundo de lo histórico es máximo.

A pesar de no ser posible asignar a la Historia el carácter de ciencia pura, con leyes absolutas, fijas e inmutables es evidente que en el conocimiento de lo histórico se ha logrado cierto grado de universalidad. Hace ya mucho tiempo que la Historia ha dejado de ser meramente literaria y narrativa. El conocimiento de lo histórico no es ciertamente empírico, no obstante ser el hecho histórico eminentemente singular y concreto, puesto que el historiador se empeña afanosamente en establecer las relaciones de causa y efecto que eslabonan entre sí a los acontecimientos. La verdadera Historia tiene la misión de interpretar el auténtico significado de los hechos del pasado, persiguiendo una visión de conjunto. Sólo así puede prestar el utilísimo servicio de explicar el presente, pues nos ofrece la visión del devenir. La ciencia histórica debe extraer de la individualidad y particularidad de los hechos que se suceden en el tiempo, la universalidad y generalidad de la evolución. Sólo acudiendo a las eternas fuentes de la filosofía escolástica podemos explicarnos esta curiosa posición de la estructura noética de la Historia.¹⁸

El fenómeno histórico, en cuanto es conocido por la mente humana, es uno de aquellos seres de razón de que hablaba Santo Tomás. En efecto, la gnoseología de la Historia tiene como fundamento la realidad objetiva, pero se encuentra en la inteligencia. En otros términos, el hecho histórico posee un aspecto material (en estado de individualidad objetiva) y un aspecto formal (estado de universalidad, ideado por la mente). La inteligencia concibe, a través de las imágenes sensibles, la forma de la realidad histórica contenida en su estado material e individual. Hay pues en el orden ontológico de la realidad histórica un principio material (individualidad) y otro formal (universalidad), íntimamente ligados en una sola

¹⁷ José de la Riva Agüero — *Los estudios históricos y su valor formativo* — Conferencia sustentada el 30 de octubre de 1942.

¹⁸ A. Bestetti — *Il concetto di Storia nella filosofia scolastica* — Rivista de Filosofia Neo-Scolastica — Agosto 1934.

entidad racional. A esta dualidad esencial de una misma realidad corresponden, en el orden gnoseológico, dos facultades: la imaginación, que se dirige a la materia, reconstruyendo cariñosamente el pasado histórico; y la inteligencia, que aprehende la forma, estableciendo la causalidad de las series históricas e interpretando el sentido y significación generales de la Historia. La imaginación y la inteligencia, compenetrándose, dan lugar al conocimiento intelectual del fenómeno histórico.

Parece difícil poder concebir un universal histórico, ya que lo universal es esencialmente estático y lo histórico es típicamente dinámico. Empero, lo histórico es sucesivo, en tanto que lo universal es simultáneo. Ahora bien, conocer uno o varios fenómenos históricos en su aislada individualidad sería insuficiente para producir un conocimiento realmente histórico, puesto que faltándole la necesaria conexión con los hechos anteriores y posteriores no se manifestaría la sucesión. Un tal conocimiento carecería, paradójicamente, de historicidad. Sólo por medio de la inteligencia, que nos ofrece la universalidad reuniendo los momentos históricos en la simultaneidad, podemos captar la esencial sucesión del devenir histórico.

Ya hemos visto que los hechos históricos son actos humanos, individuales o colectivos, y que en esencia son objetivos, contingentes, particulares e irreversibles. El devenir histórico o sea la sucesión de los acontecimientos se produce por la intervención, en los sucesivos momentos, de ciertas fuerzas que los determinan. Muchas y muy diversas son las fuerzas cooperantes en la producción de un hecho histórico. Esto explica la esencial contingencia de los hechos históricos, que rompe los rígidos moldes de la necesidad absoluta y descarta toda previsión del futuro. Lo que decide las fuerzas que habrán de operar, lo que hace intervenir a unas y excluir a otras, es aquello que algunos pensadores llaman el azar o el destino, pero que no es otra cosa que la Providencia Divina. Mas, conjuntamente con ella actúa la libre voluntad humana.

El devenir histórico está, pues, determinado por nexos causales de necesidad moral, immanentes y trascendentes. La causalidad immanente se encuentra en el hombre mismo (individuo o sociedad),

¹⁹ Ludovico D. Mac Nab — *El concepto escolástico de la Historia*, pág. 82; y Nicolás Berdiaeff — *Op. cit.*, pág. 47 y sgts.

con el conjunto de sus naturales inclinaciones y la naturaleza con él enlazada en la Historia. La casualidad trascendente es Dios,¹⁹ quien, sin anular la libre voluntad humana, interviene en la Historia rigiendo los destinos de las naciones y de los individuos, haciendo que ellos participen activamente en el cumplimiento de los supremos fines de la Creación y de sus inescrutables designios.

Si el acto humano depende del libre albedrío psicológico, el hecho histórico es esencialmente libre. La libertad de querer y su acción en el mundo exterior constituyen una experiencia inmediata de nuestra conciencia. El hombre no obra impulsado por causas que operan sobre él desde el exterior, sino que sigue los fines que él mismo se propone. Claro está que dichos fines pueden estar determinados por razones de su intelecto y por tendencias afectivas que brotan de su espíritu, y entonces la decisión voluntaria estará influenciada por los motivos y los móviles psicológicos, pero no existe una necesidad causal entre éstos últimos y la acción voluntaria. En la acción hay siempre un elemento espontáneo, que es decisivo, y que manifiesta, en último término, la personalidad creadora del sujeto que actúa.

Sin embargo, la libertad humana no es absoluta. La autonomía de la voluntad existe sólo en cuanto que "puestas todas las condiciones necesarias para obrar, el hombre puede obrar o no obrar u obrar de otro modo".²⁰ Excepción hecha de la imposibilidad material, circunstancial o por razón de obstáculos moralmente insuperables, el obrar humano suele seguir casi maquinalmente sus preferencias habituales, sus tendencias, sus prejuicios, muchas veces no razonados; la imitación, en fin, toda la riquísima gama de corrientes psicológicas, individuales o colectivas. De aquí que con frecuencia, basta conocer un hombre o un pueblo para suponer, con relativa seguridad, cuáles podrán ser sus actitudes, reacciones, sus pensamientos y sentimientos frente a determinadas situaciones. La libertad humana no es pues una libertad de actuación sino más bien de elección, lo que se puede probar tanto con respecto al individuo como a los pueblos. El hecho histórico cae dentro del ámbito de lo que los escolásticos llaman la necesidad moral, que se funda en

²⁰ Victor Cathrein — *Philosophie Morale* — Tomo I, pág. 46.

²¹ Jaime Balmes — *Filosofía Elemental*, Ed. Pouret, 1908, pág. 107.

el modo constante de actuar por efecto de las fuerzas arriba mencionadas o por la imposibilidad ordinaria o moral.²¹

Como no puede establecerse categóricamente que en tales o cuales condiciones se producirá tal o cual hecho histórico, no es posible admitir la existencia de leyes históricas con valor absoluto. Sólo puede determinarse una constante de probabilidad, sobre la base de observaciones estadísticas de las tendencias históricas, que no excluyen jamás la posibilidad de error. La infinita riqueza de matices del hecho histórico, resultado de la diversidad de factores y aún de la intensidad y amplitud con que éstos concurren a producirlo, desautoriza de antemano cualquier intento de asignar a la Historia un carácter riguroso y estrictamente científico. No hay leyes históricas absolutas. Sólo puede hablarse de algunas leyes históricas de probabilidad, caracterizadas por su determinación de los hechos a posteriori.

La dinámica de la Historia es la resultante de la interconurrencia de innumerables factores externos, gobernados con sutil maestría desde lo Alto, y de factores internos. Los hechos históricos se desarrollan como productos de la libre determinación del hombre, emanan de la individualidad interior de un grupo o de personas singulares, pero sobre la voluntad humana influyen una serie de factores, físicos y espirituales, que desempeñan un rol en la Historia como fuerzas o tendencias independientes. Entre estos factores, los más notables son, a nuestro parecer, el suelo o ambiente físico; la naturaleza humana, con sus peculiaridades particulares; y el ambiente espiritual creado por la cultura y la tradición.

El suelo o medio físico es el escenario geográfico considerado en función de los grupos humanos que lo ocupan. Es aquello que Keyserling ha calificado certeramente como influjo cósmico.²² El territorio no es sólo un límite espacial del actuar histórico. Ratzel, seguido por Ihering, propugnó un determinismo geográfico según el cual la Historia de los pueblos depende absolutamente del medio físico en el que se desarrollan. Tan exagerada afirmación vá cediendo en nuestros días ante las justas críticas de modernos autores, como Vidal La Blanche y Luciano Lefevre, que sostienen que la influencia del suelo sobre el hombre, por importante que sea, se re-

²² Herman Keyserling — *El Mundo que nace*, pág. 43.

duce a un mero posibilismo. Ya nadie osa afirmar que la antinomia: tierra y hombre, implica la sujeción de éste a aquella.²³

Sin embargo, el medio físico influye apreciablemente en la Historia, ya que el hombre no puede sustraerse a las limitaciones que le impone la geografía. Además, es evidente que el medio ambiente actúa sobre la psicología humana, lo que ha hecho decir a Spengler²⁴ que el alma de los pueblos está íntimamente vinculada al paisaje. Pero esta influencia mesológica del suelo actúa como fuerza de resistencia, como limitación, no como una fuerza operante directamente sobre el actuar del hombre. Éste, gracias a sus esfuerzos, llega a modificar el medio físico en que vive. Como consecuencia de esta modificación, que supone el avance de la técnica y de la civilización, el factor telúrico adquiere diversa importancia en función del hombre.²⁵ Lefèvre nos dice²⁶ que la causa esencial del desenvolvimiento humano "lo es menos la naturaleza con sus recursos o sus obstáculos que el hombre mismo y su propia naturaleza".

Es necesario conocer la naturaleza del hombre, apreciar sus condiciones físicas y morales, por cuanto son ellas las que influyen mayormente en su actuación. Empero, este conocimiento no debe limitarse a considerar los caracteres generales que distinguen al género humano, debe ahondar el estudio de los caracteres particulares correspondientes a los diversos grupos humanos, ya que estas peculiaridades son las que determinan la riqueza de matices del acontecer histórico. Como la Historia es el desarrollo de colectividades humanas, más que de individualidades, suele acudir al estudio del factor étnico. A primera vista, el estudio de la raza parece no ofrecer dificultad alguna, ya que sus caracteres somáticos y aún síquicos se nos presentan como permanentes e inmutables.

Los rasgos espirituales de los grupos étnicos son, sin embargo, variables con el transcurso del tiempo. Los más indómitos se vuelven sumisos y serviles, los laboriosos y pacíficos llegan a ser apáticos y agresivos, según varíen las circunstancias históricas y el índice moral de sus hombres. Nadie reconoce en los actuales copiosos a los constructores de las pirámides, ni en los griegos modernos a los modeladores de la civilización helénica. Si consideramos tan

²³ Luciano Lefèvre — *La tierra y la evolución humana*.

²⁴ Oswald Spengler — op. cit., Tomo III, pág. 147.

²⁵ Luciano Lefèvre — op. cit., pág. 120.

²⁶ Luciano Lefèvre — op. cit., pág. 419.

sólo los caracteres somáticos, nos encontramos frente a una realidad biológica, totalmente inoperante en la Historia. Las diferencias corporales y las variedades de color no han ejercido jamás influencia alguna en la Historia ni han determinado la actitud recíproca de los pueblos, a menos que a dichas diferencias se hayan agregado marcados contrastes espirituales y de civilización, como entre los europeos y los asiáticos o entre los pueblos colonizadores y los indígenas.

Por otra parte, el mestizaje es un fenómeno constante en todos los tiempos, como consecuencia de las guerras, las invasiones, las conquistas, la esclavitud, el rapto de mujeres, la hospitalidad al extranjero, las migraciones, las relaciones comerciales y aún el turismo. Tan entremezcladas se encuentran las razas desde las más remotas épocas, que Bouglé llega a sostener que la impureza racial de las naciones aumenta con el avance de la civilización.²⁷ La teoría de Gobineau, seguida por Chamberlain y Rosemberg²⁸ acerca de la desigualdad de las razas y la superioridad de los arios en la Historia, ha caído en el más completo descrédito, por su falta de solidez filosófica y su falsedad científica.²⁹ En realidad, no es posible clasificar científicamente a los grupos humanos, ni mucho menos a los individuos, ya que más de la mitad del género humano quedaría al margen de la taxonomía. Esto ha hecho decir a Topinard³⁰ que las razas son meras concepciones abstractas pero no realidades concretas. La raza no es un conjunto de caracteres antropológicos que corresponden a todos los individuos que la integran, sino una idea general, aplicable tan sólo a la generalidad. Podrán los individuos acercarse a dichos caracteres, nunca a determinado tipo de hombre, puesto que aquellos a quienes se considere como re-

²⁷ V. Bouglé — *Essai sur le régime des Castes*, pág. 152.

²⁸ Joseph Arthur, comte de Gobineau — *Essai sur l'inegalité des races*; y A. Rosemberg — *El mito del siglo XX*.

²⁹ Refiriéndose a la teoría racista, dice Dorsay con singular ironía y acierto que "los infimos son los negros cuando el que mide es el blanco". Cuando los europeos insisten en su superioridad racial demuestran que son incapaces de resistir el amor propio y el sentimiento excesivo de su propia suficiencia, con lo que sólo consiguen manifestarse tan humanos y limitados como todos los demás grupos raciales de la tierra. Ernest Seilliers, en sus obras *Filosofía del Imperialismo y Misticismo y Dominación*, ha hecho una crítica exhaustiva del racismo filosófico.

³⁰ Topinard — *L'Homme dans la Nature*, págs. 37-39.

presentativos serán a penas casos aislados y por lo tanto alejados de la generalidad.³¹

Estas someras observaciones demuestran que la raza, considerada no ya en su aspecto puramente biológico sino como conjunto de caracteres somáticos y síquicos, ejerce una influencia muy relativa en la Historia. Más que las razas, son los pueblos quienes actúan en el acontecer histórico. Los pueblos son agrupaciones humanas resultantes de un largo proceso de unificación y diferenciación de tipos étnicos y síquicos. Hay pueblos que se originan por el mestizaje, como el Egipto antiguo, y dan lugar a un tipo diverso del de sus progenitores. Este fenómeno, que es el más frecuente, parece estar realizándose en nuestro país.³² Otros pueblos, en cambio, sufren una transformación racial tan profunda que llegan a perder por completo sus primitivos rasgos étnicos, como los magyares o los turcos otomanos. Mas, pese a todas las transformaciones, en el pueblo encontramos una unidad histórica que se perpetúa a través de los tiempos y llega a perfilarse con nítidos caracteres tipológicos. Los pueblos del antiguo Oriente, Grecia, Roma, los del Lejano Oriente, así como las modernas nacionalidades, se nos presentan como grandes agrupaciones humanas homogéneas, producidas por la lenta agregación y unificación de los más diversos elementos somáticos y espirituales, propios y extraños. El pueblo, producto histórico, influye decisivamente en el acontecer humano porque en su seno vive el patrimonio espiritual que llamamos cultura y tradición.

Los pueblos, en el curso de su evolución, van modelando formas de cultura que constituyen su patrimonio espiritual y se transmiten por el eslabonamiento de las generaciones. Lengua y mito, régimen familiar y costumbre, arte y ciencia, moral y culto, política y derecho, técnica y adelantos materiales, economía y organización social, son manifestaciones del espíritu creador del hombre. El acervo cultural de un pueblo resulta de la lenta agregación y elaboración de aportes particulares que, al incorporarse al patrimonio de lo ya adquirido, constituye un todo orgánico. Las ideas y las instituciones se cristalizan en formas impersonales, en objetivaciones sociales.³³

³¹ Luigi Valli — *Lo spirito filosofico delle grandi stirpi umane*.

³² Raúl Ferrero — *Destino racial del Perú*.

³³ Honorio Delgado y Mariano Iberico — *Psicología*, pág. 308 y sgts.

El patrimonio de la tradición, con su fondo de cultura, ejerce una influencia directa en el acontecer histórico. La tradición fija el pensamiento, orienta la acción colectiva como la individual, dando lugar a esa fuerza histórica que se denomina gravitación del pasado. Esta fuerza es, quizá, mucho más intensa que el factor telúrico y el factor antropológico, ya que éstos se manifiestan más como limitaciones del actuar que como impulsos. La tradición, en cambio, opera no sólo como resistencia al libre juego del actuar humano sino como verdadero motor de la acción. Pero, por ser una experiencia vivida, esta fuerza tiende a la repetición rutinaria y a la homogeneidad de las conciencias. Corresponde a las grandes individualidades o a pequeños sectores sociales, impregnadas ellas mismas de esta atmósfera tradicional, contrarrestar las proyecciones del pasado y abrir nuevos cauces que enriquecerán la Historia. Esta interacción de las fuerzas conservadoras y renovadoras explican los largos periodos de estagnación y las grandes convulsiones. Observemos que por grande que sea una transformación histórica, siempre llega a cristalizarse en formas tradicionales. Así, las instituciones y las ideas que las invasiones de los bárbaros o la revolución francesa derribaron, fueron reemplazadas después por otras, que llegaron a ser tan tradicionales como las anteriores. No se crea, sin embargo, que todas las instituciones e ideas son transitorias. Hay un acervo espiritual que escapa a la fatal ley del destino, que posee un valor absoluto e inmutable, porque surge del fondo de la naturaleza humana o de la revelación divina. Así se explica la unidad interna de la Historia universal y la infinita variedad de los acontecimientos históricos.

Carlos SCUDELLARI.